

NECROLOGIA

Luis E. Valcárcel

Félix Alvarez Brun

En este artículo deseo expresar mi homenaje y sincero reconocimiento a uno de los más ilustres y queridos maestros, como lo fue el doctor Luis E. Valcárcel. Quiero, por ello, traer al recuerdo los años de mi juventud, como estudiante de la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Recuerdo emocionado porque fueron años de jugoso aprendizaje y porque entonces se cimentó mi vocación por la historia peruana. Al llegar a San Marcos tuve la suerte de encontrar una espléndida constelación de maestros que brillaban por su talento y sabiduría: Raúl Porras, Jorge Basadre, Julio C. Tello, José Jiménez Borja, Mariano Iberico, Luis E. Valcárcel, entre otros, ya fallecidos. Eran los años cuarenta y quienes integramos la generación sanmarquina de ese tiempo pudimos recibir no sólo conocimientos acerca de las materias que nos señalaba el currículum de estudios, sino también el ejemplo de maestros auténticos que nos condujeron por los caminos de la cultura y nos enseñaron a amar a la patria.

El doctor Valcárcel fue uno de esos insignes maestros. Recuerdo que tenía a su cargo la cátedra de *Historia del Perú-Incas*. Sus clases trasuntaban un total dominio del curso, y era lógico porque indudablemente el que más y mejor conocía la materia era él, pues desde muy joven se había dedicado a encontrar las raíces del pueblo indígena y de su cultura, cuyas excelencias se esmeró en precisar. El imperio de los Incas, con su formidable organización social, económica y administrativa, nos era presentado por el magnífico profesor con singular claridad y limpieza, tanto que, los alumnos que llenábamos el aula de clase, quedábamos pendientes de las oscilaciones de su pensamiento, que de cuando en cuando era jalonado con un leve y brevísimo carraspeo como queriendo puntua-

lizar cada una de sus ideas. Así desfilaban los Incas, sus instituciones y las expresiones fundamentales de su cultura. Además, el maestro sanmarquino nos impresionaba por la sinceridad de su amor y admiración hacia el pueblo que forjó el Estado incaico. Señalo estas virtudes, como fiel testimonio de una vivencia que desde 1944 sirvió para colocarme entre los discípulos que más apreciaban y admiraban al doctor Valcárcel y también porque desde entonces una inquebrantable amistad me ha unido a él y su querida familia.

En el doctor Valcárcel se conjugaban virtudes relevantes que lo distinguían y configuraban como uno de los hombres más destacados de nuestra patria. Muchos han visto en él al historiador de los Incas, al antropólogo, al iniciador de los estudios de etnohistoria en el Perú, campos en los que su conocimiento y penetración siempre fueron profundos y en los que ha creado una escuela. Otros lo reconocían como el maestro que en las aulas universitarias y fuera de ellas tenía la virtud de formar discípulos que hoy siguen sus huellas y que desarrollan con brillo la actividad intelectual en el campo de las ciencias sociales, es decir en la historia, la arqueología, la antropología y la sociología. Pero acaso sea necesario poner de relieve otra virtud sobresaliente de su recia personalidad: su calidad humana reflejada no solamente en el círculo íntimo de su hogar o en el más amplio de sus amigos y discípulos, sino en esa preocupación permanente que desde sus años juveniles hasta su muerte ha constituido el motivo primordial que ha guiado su laboriosa y fecunda obra intelectual. Me refiero a su indismayable defensa del pueblo indígena, de la raza nativa, de la nación que forjó una cultura y un Estado que lo colocaron entre los cimeros del mundo, conforme lo señaló el historiador Toynebee.

Quizás lo mejor de su vida fue entregada a esa noble tarea que no quedó en el hecho de extraer y precisar las excelencias de nuestros antepasados indígenas o de fijar la trascendencia universal de su cultura milenaria, sino que partiendo de ella enderezó su pluma y su voz para hacer conocer científicamente la problemática del mundo andino, del hombre de nuestro tiempo que habita a lo largo y ancho de nuestra serranía, de ese "Perú esencial", como él lo llamara. Para él reclamó reiteradamente una atención preferencial por constituir uno de los componentes medulares de nuestra nacionalidad. Destacándose en ese terreno se convirtió en el abanderado de la defensa del indígena de hoy y de siempre, para el que pedía justicia y mejor trato. Valcárcel fue, por consiguiente, el auténtico paladín que abogó por los derechos humanos para toda una nación de nuestro continente. Por este motivo, y con toda justicia, fue

propuesto como candidato al Premio Nobel de la Paz en 1983. En esa ocasión me fue muy grato y honroso rendirle homenaje en el acto solemne llevado a cabo en la Biblioteca Nacional, que contó con su augusta presencia.

La obra escrita del doctor Valcárcel es amplia. En *Ruta cultural del Perú* examina al hombre europeo que llegó a América precisando muchos aspectos de su comportamiento frente al pueblo indígena.

Hace, al mismo tiempo, un paralelo entre ambos y fija la tabla de valores que en su concepto caracteriza a una y otra nación. Sin embargo, su trabajo vertebral, su empeño esencial, estuvo encaminado al estudio de la raza y la obra del hombre nativo que, según sus propias palabras, "sigue creando y procreando en su esfuerzo de sobrevivencia y que triunfa por encima de la opresión y la esclavitud". Palabras dichas en 1945, año en que afirmaba también que el indígena de entonces y de siempre se presenta "en plena aptitud para asimilarse, libre y conscientemente, a la ciencia y a la técnica occidentales, a condición de ser respetada su autonomía de hombre y su plena dignidad de *runa*".

Han transcurrido muchos lustros y su afirmación sigue vigente, como anuncio y reto para tomar conciencia plena, indubitable, respecto del pueblo indígena como factor inherente y primordial de la peruanidad. Al enfocar nuestra realidad no se puede, pues, prescindir ni soslayar ese componente de nuestra patria, que con los Incas tuvo una organización social, política y económica que dio al hombre "un mínimo de seguridades que lo libertaban de toda contingencia" y que a través del tiempo ha mantenido sus esencias no obstante el abandono o la displicencia en que se le ha tenido o tratado. El doctor Valcárcel ha sido quien durante toda su vida, es decir hasta su venerable ancianidad, ha sostenido aquellos principios e ideas que merecen no únicamente encomio y atención preferente en su estudio, sino también nuestro más profundo reconocimiento.

El doctor Luis E. Valcárcel nació en Ilo (Moquegua) el 9 de febrero de 1891. Su juventud la pasó en el Cusco, en esa ciudad que al decir de un ilustrado del siglo XVIII, es la síntesis del Perú y que conociéndola se tendrá la imagen de todo el país. En la ciudad imperial Valcárcel descubrió la identidad del mundo andino y la energía vital de la comunidad milenaria. Observó y estudió los elementos ancestrales y vigentes de la raza nativa y comenzó su fecunda labor intelectual, que siguió indismayablemente, la misma que nos permitió admirarla en 1983 en la exposición de sus obras

efectuadas en la Biblioteca Nacional. Entre los libros y trabajos del insigne historiador fueron expuestos también documentos y libros importantísimos que le pertenecían y que hoy forman parte de esa institución cultural.

En el Cusco también, junto con Luis Felipe Aguilar, Uriel García y otros, formó la llamada "Escuela Cusqueña" que inició la corriente indigenista, entidad que removió el ambiente cultural peruano, provocando severas y agudas polémicas, lo que a la vez determinó el ahondamiento de la investigación histórica y social del Perú. El promotor conspicuo de esa corriente que abarcó la historia, la música, el arte y otras manifestaciones culturales fue, pues, el doctor Valcárcel. El, por su parte, se encargó de precisar la continuidad existente entre el hombre del Tahuantinsuyo y el indígena olvidado o menospreciado del Perú republicano.

Del Cusco pasó a Lima en 1930, para quedarse aquí, trayendo su invaluable experiencia de maestro universitario y el sólido prestigio de su labor intelectual. En esta capital dividió su tiempo en múltiples actividades de carácter cultural. Ingresó como catedrático de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos; creó y fundó en 1945 el Museo de la Cultura Peruana, contando con colaboradores de primer orden como José Sabogal, Camilo Blas, Julia Codesido, Enrique Camino Brent, Teresa Carvallo y Alicia Bustamante. Fue ministro de Educación en el gobierno constitucional del doctor José Luis Bustamante y Rivero, y siguió adelante, con mayor ahínco, sus investigaciones históricas, arqueológicas y antropológicas. Junto a ese quehacer, defendió con calor el patrimonio nacional representado por las huacas, monumentos y restos arqueológicos que la incuria o la ignorancia destruyen implacablemente. De la misma manera reclamó protección legal y permanenté vigilancia para los objetos cerámicos, telas y orfebrería de las culturas primitivas del Perú que están permanentemente amenazadas por la depredación corruptora del negocio y mercantilismo ilícito. Respecto de la destrucción de las huacas de Lima se lamentaba que poco a poco fueran desapareciendo con el avance de construcciones nuevas y la invasión incontrolada. Conservo una carta en la que me expresa esa inquietud y ese temor que fatalmente hoy va siendo una realidad a vista y paciencia de las entidades encargadas de defenderlas y conservarlas.

Prueba de la vasta producción intelectual del doctor Valcárcel son sus libros, de los que anoto los más importantes. *Historia de la cultura antigua del Perú*, dos volúmenes (1945 y 1948), *Ruta cultural del Perú* (1945), *Etnohistoria del Perú antiguo* (1959), *Historia del Perú antiguo*, tres volúmenes, (1964), y sus *Memorias* (1981) que

poseen la virtud de traernos los recuerdos íntimos del maestro, su permanente batallar por la causa de toda su vida, la indígena; su condición humana llena de virtudes ejemplares; su dedicación al estudio de nuestro pasado indígena; su admirable vocación de maestro. En sus *Memorias* conocemos al doctor Valcárcel desde sus años mozos en el Cusco, donde escribió su impactante libro *Tempestad en los Andes* (1927), en el que anuncia el resurgimiento indígena y su desplazamiento hacia la Costa peruana como demostración de su palpitante vitalidad. Libro éste sobre el cual conversaba con José Matos Mar, hace muy poco, coincidiendo respecto de la forma como Valcárcel había penetrado en el conocimiento del alma y las costumbres del pueblo indígena.

En las *Memorias* se encuentra también la vida familiar e íntima del doctor Valcárcel; su actividad intelectual en el corazón del Perú andino; su presencia en Lima como profesor de San Marcos durante varios lustros, en la cual llegó a ser Decano de la Facultad de Letras; como Director del Instituto de Etnología de la misma universidad, donde contó con la colaboración de ilustres profesores extranjeros y de eficientes discípulos como José Matos Mar y Rosalía Avalos; como Director del Museo de la Cultura Peruana, promoviendo el conocimiento científico del mundo andino desde el ángulo de la etnología, la arqueología y la historia, y, finalmente, como investigador apasionado e infatigable de los problemas del pueblo indígena y su incorporación integral al quehacer nacional, considerándolo como componente básico que debe fijar la unidad nacional y forjar el destino común y solidario de nuestra patria.

En esta reseña de la vida y obra del maestro Valcárcel, en la que no he querido ser prolijo por razones obvias, quedan fijados brevemente algunos de los grandes méritos del eminente Amauta: su inquebrantable fe en el pueblo indígena y sus esencias; su inagotable y tenaz labor para defenderlo y exaltarlo, así como su esclarecida virtud de connotado peruanista que nos ha enseñado a amar lo nuestro y a sentirnos orgullosos de ser peruanos.